

BENJAMIN WOOD

El caso
Eden Bellwether

Traducción de
Héctor Castells Albareda



Duomo ediciones

Barcelona, 2015

Índice

Preludio 11

PRIMEROS DÍAS

UNO. *Música de fondo* 15
DOS. *Los imperios de las pasiones* 33
TRES. *Una pérdida reversible de consciencia* 66
CUATRO. *La armonía de lo existente* 101
CINCO. *Fantasías de poder ilimitado* 140
SEIS. *El justo orden de las cosas* 155
SIETE. *Estimación a ojo* 165

ÚLTIMOS DÍAS

OCHO. *Las posibilidades remotas* 191
NUEVE. *Casi aliados* 206
DIEZ. *Esposas de los de arriba* 218
ONCE. *El tratamiento de nuestro amigo en común* 240
DOCE. *Su idílica vida* 300
TRECE. *Ibídem* 312
CATORCE. *Elefantes* 321
QUINCE. *Una luz se apagó en la casa del órgano* 349

DIECISÉIS. <i>Esperando</i>	368
DIECISIETE. <i>Nuevos males</i>	379
DIECIOCHO. <i>El orden de lo material</i>	399
DIECINUEVE. <i>Las visitas</i>	413
VEINTE. <i>Aullido</i>	422

DÍAS POR VENIR

VEINTIUNO. <i>Testimonio</i>	443
<i>Delirios de esperanza</i>	455
<i>Nota del autor</i>	469
<i>Agradecimientos</i>	470

Para mi madre

Preludio

Junio, 2003

Escucharon el aullido de las sirenas y vieron la polvareda levantarse bajo las ruedas de la ambulancia en el extremo más alejado del camino de acceso a la casa. Al poco rato, el oscurecido jardín se había transformado en un baño de luces azules. Nada parecía real hasta que les dijeron a los paramédicos dónde estaban los cuerpos. Había uno en la planta de arriba, otro en la casa del órgano y uno más al pie del jardín –este último todavía respiraba, aunque agónicamente–. Lo habían dejado en la orilla del río sobre una cama de juncos aplastados, con el agua fría rompiendo contra sus pies. Cuando los paramédicos les preguntaron cómo se llamaba, les dijeron que ése era Eden. Eden Bellwether.

La ambulancia había tardado demasiado en llegar. Ellos se habían reunido durante un rato en el porche de atrás de la rectoría. Estaban desquiciados, elucubrando, contemplando los mismos olmos y los mismos cerezos que habían contemplado cientos de veces antes, escuchando cómo el viento perturbaba las ramas. Todos se sentían responsables por lo que había sucedido. Todos se culpaban a sí mismos. Así que discutieron –discutieron de quién era la culpa y sobre quién debería sentirse más culpable–. El único que no habló fue Oscar. Se quedó apoyado contra la pared, fumando, escuchando a los otros discutir. Cuando finalmente abrió la boca, su voz sonaba tan calmada que los silenció a todos.

–Ya ha pasado –dijo, y aplastó su cigarrillo en la barandilla del porche–. Ya no podemos dar marcha atrás ni cambiar nada.

Hacía sólo algunos meses habían estado todos apalancados en el mismo porche de madera moteada en la parte de atrás de la rectoría, hablando de cosas que quizá no fueran tan importantes –las reglas del bádminton, una película de Alan Resnais que todos habían visto y que todos habían detestado, de la entristeecedora obsolescencia del casete–; los seis juntos, relajándose, mientras las nubes se desplegaban como un amenazante hematoma sobre el firmamento de Grantchester. Se habían reunido alrededor de la misma mesa de madera, habían recolectado las secreciones de las velas de limón de las botellas de vino y habían arrojado la cera seca contra los mosquitos. Entonces todo era distinto, tan ligero, fácil y relajado.

Ahora observaron al primer paramédico trabajar en la orilla del río. Le tomó el pulso a Eden, le ajustó la mascarilla de oxígeno entre la boca y la nariz con sendas correas y le conectó el suero. Habían escuchado la voz del otro paramédico saliendo en murmullos por el transmisor: «No tiene pulso. Cambio y sigo».

No fueron con Eden en la ambulancia. No estaban en estado de seguirle con sus coches. En su lugar, se fueron a la casa del órgano donde la otra paramédica se estaba deshaciendo de sus guantes de látex. Había cubierto el cuerpo con una sábana verde que se estremecía bajo la brisa.

–No os mováis de aquí –les había advertido–. La policía está en camino.

Había sido el día más caluroso de junio, pero una brisa fría se había formado al anochecer y ahora se extendía por el jardín y atravesaba las puertas abiertas de todas las estancias. La brisa se había infiltrado hasta el órgano de la antigua iglesia y soplaba a través de sus tubos quebrados; era un zumbido débil, desprovisto de melodía, que sonaba y se apagaba, que sonaba y se apagaba, como una máquina que ha descubierto una manera de respirar.

PRIMEROS DÍAS

Si un hombre empieza con certezas, terminará sumido en dudas; pero si se aviene a empezar con dudas, terminará con certezas.

SIR FRANCIS BACON

Música de fondo

Oscar declararía más tarde a la policía que no podía acordarse exactamente del primer día que vio a los Bellwether, aunque de lo que sí estaba seguro era de que había sido un miércoles. Fue durante una de aquellas tardes de finales de octubre en Cambridge; la luz plateada del atardecer se había desvanecido mucho antes de las seis y las avenidas adoquinadas del casco viejo estaban oscuras y silenciosas. Acababa de terminar su turno de ocho a cinco en la residencia de ancianos Cedarbrook, en Queen's Road, donde trabajaba como cuidador, y su mente estaba lenta y pesada, anegada por los detalles de su jornada laboral: los rostros ausentes de los residentes más viejos, la palidez de sus lenguas mientras ingerían sus pastillas, la flacidez de su piel mientras los levantaba para bañarles. Sólo quería llegar a casa, dejarse caer sobre la cama y dormir del tirón hasta el día siguiente, cuando tendría que levantarse y volver a hacer lo mismo.

Sabía que si atajaba a través del campus del Kings' College se ahorraría parte de la caminata. En el casco antiguo todo el mundo iba en bicicleta, los estudiantes se escabullían por sus estrechos callejones con las mochilas cargadas; los turistas rebotaban como bolas de pinball de una universidad a otra en bicicletas de alquiler. A cualquier hora del día, en cualquier rincón del asfalto de Cambridge, había alguien desencadenando una bicicleta de una farola y pedaleando rumbo a la siguiente. Pero Oscar prefería el placer de caminar.

Cruzó el puente de Clare y tomó el atajo a través del campus

del King's College; escuchaba el eco monótono de sus pasos sobre el camino, todavía escarchado después de la tormenta vespertina. Todo estaba tranquilo. Las extensiones de césped recién cortado parecían inusualmente azules bajo el resplandor indolente de las farolas y, en algún lugar cercano, el humo de la chimenea de una casita se confundía con la niebla. Oscar hizo todo lo posible por no alzar la vista mientras pasaba junto a la capilla de la universidad, pues sabía exactamente cómo se sentiría si lo hacía: pequeño, irrelevante, desamparado. Claro que no podía evitar contemplarla, aquel formidable edificio gótico con sus largos pináculos que pinchaban el cielo y sus inmensas ventanas ennegrecidas. Era la postal que dejaba entrever cada uno de los tiovitos desplegados a lo largo de la avenida King's Parade. Él siempre la había odiado. De cerca, en la oscuridad, el lugar todavía le atormentaba más. No era la arquitectura lo que le perturbaba sino la edad del edificio, su escala histórica; el peso de la realeza que se había reunido allí tiempo ha, toda esa gente circunspecta cuyos rostros henchían las páginas de las enciclopedias.

Había una ceremonia en curso en su interior. Se escuchaba el eco sordo de la música del órgano más allá de los muros de la capilla, y cuando giró para meterse por Front Court, el sonido se volvió más alto y placentero, hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para disfrutar del instrumento en su plenitud; era un zumbido grave y afónico. Casi lo sentía contra sus costillas. No tenía nada que ver con la abrumadora música fúnebre que recordaba de las ceremonias navideñas en la escuela, ni con las torpes interpretaciones del «Abide with me» que había cantado agónicamente en los funerales de sus abuelos. Existía una fragilidad en la música que escuchaba ahora, como si el organista, en lugar de pulsar las teclas con los dedos, las estuviese aspirando, igual que un titiritero. Se detuvo a escuchar en la entrada y entonces vio la bandeja de bocadillos que había junto a la puerta abierta. «Oficio vespertino, 5:30. Abierto al público.» Antes de darse cuenta, sus pies le habían llevado en volandas hasta el interior.

Las vidrieras le envolvían sin apenas revelar sus colores. Los

arcos abovedados del techo se desplegaban en la distancia. Los tubos del órgano rugían desde un panel de madera en el corazón del edificio, y distinguió al sombrío rebaño que esperaba alrededor de las luces de las velas, al otro lado. Encontró un asiento vacío y contempló cómo se ordenaba el coro. Los chicos más jóvenes estaban de pie en primera fila, enfundados en sus batas blancas, excitados y distraídos; los mayores se erguían con timidez a su espalda, incómodos de aquella manera adolescente, moviendo nerviosamente sus mangas. Cuando el órgano se interrumpió, se hizo un silencio momentáneo, y entonces el coro empezó a cantar.

Sus voces estaban tan sincronizadas y equilibradas que Oscar apenas pudo distinguir las. Afluían y retrocedían con la facilidad de las olas de un océano, y notó una ráfaga en su corazón mientras las escuchaba. Se sintió triste cuando el reverendo se incorporó para recitar el Credo al final del cántico. A través de los pasillos la gente cantaba la oración en murmullos resueltos, pero él se quedó callado, pensando todavía en la música. Para cuando percibió a la chica rubia unos asientos más allá de su banco la congregación había alcanzado el: «Y se depositó en la mano derecha de Dios». Ella mascullaba las palabras de mala gana, como una niña que recita aburrida las tablas de multiplicar, y cuando vio que él no se había sumado a la oración, puso sus ojos en blanco lentamente, como diciendo: «Sáquenme de aquí». El mero perfil de su cara indignada le excitó. Oscar sonrió, pero no estaba seguro de que ella se hubiese percatado.

Ahora el reverendo leía el Libro de Jeremías («si pruebas lo precioso de lo vil probarás mi boca») y Oscar contemplaba los movimientos agobiados y cohibidos de la chica. Al igual que él, tampoco ella parecía valorar la extraña etiqueta de la iglesia. A mitad del sermón, se arrodilló para dejar el libro de cánticos en el suelo, lo que provocó una breve pausa del reverendo, y mientras su deprimente perorata continuaba, ella se puso a jugar con el bisel de su reloj, hasta que dos pálidos coristas empezaron un nuevo cántico y el órgano volvió a sonar.

El único momento en que la chica rubia se quedó quieta fue mientras el coro cantaba. Su pecho creció, se hinchó; sus labios se estremecieron. Parecía asombrada por la textura de sus voces, por su sonido cristalino, por la envergadura de las armonías que inundaron el espacio que quedaba más allá de sus cabezas. Oscar vio cómo sus dedos seguían el ritmo sobre su rodilla hasta el «Amén» final. El coro se sentó y el silencio –como un paracaídas desplegado– descendió sobre la iglesia.

Al final de la ceremonia, la muchedumbre salió por orden de importancia, primero el coro y el clero, en blanca procesión, y luego los feligreses. Oscar deseó seguir a la chica hasta la puerta, quedarse lo bastante cerca de ella como para improvisar una conversación, pero terminó atrapado entre un grupo de hombres que debatían las virtudes del sermón y la suave conversación de una pareja francesa que consultaba el camino de regreso a casa en un mapa. Perdió el sonido de sus pasitos, leves como arañazos, mientras ella desaparecía a su espalda entre la muchedumbre. Los turistas, agotados, avanzaban lentamente por los pasillos, se ponían las chaquetas y guardaban sus cámaras; había también niños pequeños que dormían en los brazos de sus padres, mientras las madres les secaban los dedos con toallitas. Oscar no veía a la chica por ningún lado. Dejó unas monedas en el plato de las donaciones y, mientras salía, el reverendo dijo:

–Gracias, buenas noches.

En el vestíbulo, el aire parecía más frío y afilado. La oscuridad se había desplegado completamente sobre la ciudad y Oscar sentía aquel cansancio familiar que le oprimía los hombros. Alzó su cuello hacia la noche. Fue entonces, mientras la multitud se dispersaba frente a él, cuando la vio entre las sombras, apoyada contra el muro de piedra gris de la capilla.

Estaba leyendo un libro antiguo de bolsillo; pasaba las páginas bajo la luz cansada del vestíbulo con una mano y sostenía la punta de un cigarrillo de clavo entre los dedos de la otra. Sus gafas para leer eran demasiado grandes para su cara –cuadradas, con los cantos redondeados–, como las diapositivas de un pro-

yector muy grande. Un momento después, ella levantó la vista de su libro y sonrió.

–Si hay una cosa que he aprendido de las iglesias –dijo– es a localizar las salidas. Es como ir en un avión. Hay que largarse en caso de emergencia.

Su acento era elegante, impecable, parecía sacado de una clase de elocución; pero había algo desconcertante en su forma de hablar, como si se esforzara por endurecer la pronunciación de sus frases.

–Intentaré recordarlo para la próxima vez –dijo Oscar.

–Ah, no creo que tengas ninguna prisa por volver. Demasiado Jeremías y demasiado poco coro. ¿Tengo razón?

Él se encogió de hombros:

–Algo así –repuso.

–Ya, difícilmente te lo puedo reprochar. Esta noche han estado casi perfectos, ¿verdad? Los del coro, digo.

Le ofreció su paquete de cigarrillos y él negó con la cabeza.

–Algunas veces los percusionistas no se concentran y el ritmo se resiente, pero esta noche lo han clavado –dijo ella.

–Sí, yo he pensado lo mismo –contestó.

Se aproximó unos pasos y ella le repasó con un rápido movimiento de ojos. Él se preguntó si ella vería en su rostro las mismas cosas que veía él cuando se miraba en el espejo del lavabo cada mañana, esos rasgos directos, inocuos, que casi podrían pasar por bellos; la nariz respingona, de novato, por la que corría el agua cuando llovía, y la estrecha mandíbula que había heredado de su madre. Deseó que ella pasara por alto su ropa de trabajo, la chaqueta de cuero desteñida que llevaba sobre su uniforme de enfermero, y las zapatillas deportivas, que había metido tantas veces en la lavadora que estaban muy limpias pero más bien grises.

–¿Seguro que no quieres un cigarrillo? Odio fumar sola, es superdeprimente –dijo. Y levantó el libro de bolsillo y examinó su cubierta–. ¿Qué me dices de Descartes? Nos lo podríamos fumar. Aquí hay material suficiente para liar un buen puro.

Cerró el libro de golpe antes de que él pudiera responder.

–Sí, probablemente tengas razón –dijo Oscar–. Aunque igual Descartes sería demasiado seco, ¿no? Demasiado pesado para el estómago.

Hubo un momento de silencio. Ella le dio otra calada a su cigarro.

–Y entonces... ¿Tienes nombre?

–Oscar –dijo él.

–Os-car. Es bonito –dijo ella.

Proclamó su nombre a la noche, lo sopesó, como si fuera capaz de verlo desplegado en el cielo, en una pancarta, en la cola de una avioneta.

–Pues muy bien, Oscar –dijo ella–. No te lo tomes a mal, pero no parece que la iglesia sea tu lugar. Te estaba observando allí dentro. No te sabías ni una puñetera palabra de ningún cántico.

–¿Era tan obvio?

–Oh, no es nada malo. Yo no soy San Francisco de Asís, precisamente.

–Para ser honesto, he entrado por casualidad. Había algo en la música, en el sonido del órgano. No puedo explicarlo del todo.

–Ésa también es mi excusa –dijo ella, y exhaló otra espiral de humo por la comisura de la boca–. Mi hermano es el erudito del órgano. Era él quien tocaba esta noche. Yo soy sólo la lapa pegada a él.

–¿En serio?

–En serio. No es el tipo de cosa sobre la que me molestaría en mentir.

–Pues la verdad es que lo toca mejor que nadie a quien haya escuchado antes. Se lo puedes decir de mi parte.

–Ah. No necesita más halagos –dijo ella. Y se rio de su pensamiento–. Se le va a hinchar la cabeza como un maldito zepelín cuando le diga que sólo entraste por la música. Se atribuirá el éxito a sí mismo. Quiero muchísimo a mi hermano, pero diría que el gen de la humildad se lo saltó.

Oscar sonrió. Veía la portería de la residencia universitaria

más allá de su hombro, salpicada de amarillo por las luces de escritorio de los vigilantes del alojamiento. Ella estaba prácticamente silueteada por el resplandor.

–Imagino que estarás estudiando algún posgrado –dijo ella. Y volvió a repararle con la mirada–. Puedo distinguir a los estudiantes de posgrado desde cincuenta pasos de distancia. Siempre con chaquetas holgadas de cuero y zapatos cómodos.

–Siento decepcionarte –dijo él.

–De acuerdo, entonces, ¿de doctorado? Tengo el radar desconectado.

–No soy un estudiante de ningún tipo –dijo él.

–¿Quieres decir que no estudias aquí?

Era como si nunca hubiese conocido a nadie más allá de los sagrados límites del campus universitario.

–Pero pareces tan...

–¿Tan qué? –preguntó él.

–*Serio*.

Oscar no sabía si se trataba de un cumplido o de una reprimenda.

–Quiero decir que ya eres prácticamente un miembro completamente maduro de la sociedad –dijo ella–. Me apuesto algo a que pagas impuestos y todo. ¿Cuántos años tienes?

Se llevó el cigarrillo a la boca y se lo dejó colgando entre los labios.

–Lo siento. Sé que es de mala educación hacer esa pregunta, pero no puedes ser mucho mayor que yo. No me puedo imaginar qué más se puede hacer aquí, aparte de estudiar.

–Tengo veinte –dijo él.

–¿Lo ves? Sabía que no eras mucho mayor –respondió ella.

No se parecía a la clase de chicas con las que había crecido, las cotorras adolescentes que parloteaban estúpidamente en las últimas filas de los autobuses y que bloqueaban los pasillos nebulosos de las discotecas los fines de semana, cuyos besos borrachos había conocido en oscuros parques resguardados del viento, fríamente decepcionado. Ella tenía pedigrí –su voz no dejaba lugar

a dudas— y a él le gustó la forma que tenía de mirarle, curiosa y desprejuiciada. Había algo profundo en ella, lo veía. Como una especie de inteligencia desacomplejada.

—Trabajo en un lugar llamado Cedarbrook. Es una residencia de ancianos —le dijo Oscar—. Pero no tienes por qué compadecerte de mí. Sé escribir y leer y todo eso.

—¿Compadecerte? Dios, te envidio —dijo ella—. Cedarbrook. Es el encantador viejo edificio en Queen's Road, ¿verdad? Tiene toda esa preciosa glicina creciendo por sus muros.

—Exacto. Ése es el sitio.

—Bien, cualquiera que haga florecer las glicinas así cada primavera, merece un trofeo. Paso muchas veces por el edificio, sólo para contemplar sus jardines.

—No me puedo colgar ninguna medalla por las glicinas. No son mi departamento. Pero les haré llegar tus cumplidos.

Ella bajó la vista y contempló las desgarradas puntas de sus zapatos, que se balanceaban por los bordes de sus pies.

—Éste es mi pequeño rincón en el mundo. Soy una chica *Cambridge*. Segundo de Medicina, si te lo puedes creer —dijo ella.

—Tiene que ser muy duro.

—En realidad no está tan mal. No todo el tiempo, en cualquier caso —respondió ella.

Oscar apenas era capaz de imaginarse cómo vivía. Llevaba en Cambridge lo suficiente como para conocer las horas de trabajo de sus estudiantes, les había visto al otro lado de las ventanas de la biblioteca de noche, con los ojos rojos y el pelo alborotado. Pero sabía tan poco del día a día de los estudiantes de Cambridge como ellos sabrían de las intrigas domésticas de Cedarbrook. Lo que sucedía en las universidades de puertas adentro era un completo misterio para él. Sólo sabía que era más recomendable frecuentar esos lugares, pasear por ellos e imaginarse las conversaciones de altos vuelos que estarían desarrollándose en su interior, que estar en sitios como la casa de sus padres, donde cualquier conversación podía escucharse desde la calle principal y donde las únicas referencias paisajísticas eran los centros comerciales.

Cuando le preguntó por su nombre, ella contestó:

–Es Iris. Como el género de plantas.

Y él se rio –fue sólo un bufido de aire procedente de su nariz, pero fue suficiente para que ella retrocediera y le preguntara:

–¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

–La mayoría de la gente hubiese respondido «como la flor». Eso es todo.

–Pues el caso es que yo no soy la mayoría de la gente. No voy a decir que es como la flor cuando sé perfectamente bien que es un género. Y te diré algo más –se detuvo para tragar aire–. Sé exactamente qué variedad soy. *Iris milifolia*. La más difícil de cuidar.

–Estoy seguro de que el esfuerzo merece la pena –dijo Oscar.

Ella le miró de nuevo orgullosa, con las luces de la universidad reflejadas en sus gafas. Pese a que Oscar había alcanzado su punto culminante de cansancio –notaba el peso de sus párpados–, no quería irse. Ahí es donde tenía que estar, hablando con esta rara y bonita chica, con su aroma a clavo y a bergamota, y su libro de Descartes. Quería prolongar el momento tanto como pudiese, tensarlo hasta que se rompiera.

–Escucha. Esto igual te suena un poco..., sabes –dijo Iris.

Y dejó que la frase se desplomara. Se rascó el dorso del brazo y le miró.

–Nada, que resulta que mi orquesta de cámara da un recital a finales de semana. En West Road. Si el domingo no haces nada..., ¿te gustaría venir? Cuantos más seamos, mejor.

No le hizo falta pensarlo ni un segundo.

–Sí, por supuesto. Allí estaré –dijo Oscar.

–No será difícil comprar una entrada, créeme –dijo ella.

Y luego, por motivos que a él se le escapaban, se rio en voz alta.

–¿Qué pasa? –preguntó él.

–Nada. Es sólo que... ¿Vas a venir?, ¿en serio?

–Sí.

–¿Así como así? –volvió a preguntar Iris.

–Sí.

–Pero si ni siquiera sabes si somos buenos. Ni siquiera te he dicho qué instrumento toco. Podría ser la trombonista más abominable que nunca hayas visto.

–No tengo otros planes para el domingo por la noche. Y si tu hermano es un erudito del órgano, seguro que tú no eres tan mala.

–Qué capacidad deductiva la tuya –dijo Iris–. ¿Tienes siquiera idea de lo que es un erudito del órgano?

–No, pero suena importante.

–En la universidad, *sí*. En el mundo real, *no* –dijo Iris.

Y entonces le contó a Oscar que el King's College concedía dos becas cada dos años. Había una competición encarnizada entre los estudiantes. Y normalmente eran concedidas a uno de primero y a otro de tercero. Su hermano era uno de los pocos estudiantes en la historia de la universidad que había recibido ambas becas.

–Una persona normal se ahorraría el lío en su último año de carrera, pero así es mi hermano. Es anómalo. El trabajo de los eruditos del órgano consiste en tocar en las ceremonias de la capilla; trabajan en turnos rotatorios, una semana sí, otra no. También asisten al director musical en sus obligaciones. Si el director no puede hacerlo por la razón que sea, entonces el erudito del órgano tiene que dirigir el coro. Casi nunca sucede. Quizá una vez al año. Mi hermano siempre está esperando a que algo horrible le suceda al director, pero está más sano que un buey.

Iris apagó la colilla en una cañería y dijo:

–De todas formas, me encantaría verte el domingo, si todavía quieres venir.

–¿Tú también tocas el órgano? –preguntó Oscar.

–¿Yo? No. Dios, no. Yo toco el violonchelo.

Emitió un pequeño suspiro como si la hubiesen encadenado a un instrumento que no tenía interés en tocar. Como si un día, durante la clase de música, se hubiesen repartido todos los triángulos y todas las panderetas entre los alumnos, y el profesor le hubiese dado un pedazo de madera y le hubiese dicho: «Toma. Puedes tocar esto hasta que te encuentre algo mejor».

–No he ensayado mucho últimamente. Al menos no las piezas del recital –dijo Iris.

–¿Por qué no? –preguntó él.

–Porque estudiar medicina me quita mucho tiempo.

–Entiendo.

–Y en mi tiempo libre me gusta leer cosas como ésta –dijo entonces Iris. Y levantó el libro–. Cosas que mi hermano me dice que debería leer. Supongo que soy un poco masoquista en ese sentido. *Las pasiones del Alma*. Dime la verdad. ¿Crees que estoy malgastando mi juventud? ¿No debería, simplemente, salir y emborracharme con el resto?

–Diría que eso sería un desperdicio todavía mayor –soltó él.

El rostro de Iris flaqueó.

–Mi problema es que me dejo llevar muy fácilmente. Necesito estar haciendo varias cosas al mismo tiempo –confesó.

–Eres una cazamariposas –le dijo Oscar.

–¿Qué?

–Así es como te llamaría mi padre.

–Bueno, supongo que es más considerado que *hiperactiva*. Debe de tener más paciencia que mis padres –dijo ella.

Oscar asintió y se quedó con la mirada perdida en el campus. Era extraño escuchar a alguien hablar bien de su padre. Él raramente pensaba en él de esa manera. Sólo se acordaba de los solares en construcción empapados por la lluvia donde pasó la mayor parte de sus días de escuela, ayudándole a subir moldes de yeso por tramos estrechos de escaleras. Y de todos los fines de semana que perdió encajando espuma aislante en los huecos de las paredes y rellenando vertederos con escombros de material de oficina. Se acordaba también de la amargura en la voz de su padre cuando discutían sobre el trabajo. «Vete pues. Déjame aquí. Ya lo haré yo. Siempre tienes un lugar mejor en el que estar, ¿verdad? Un cazamariposas. Eso es lo que eres.» Eso no era paciencia, Oscar lo sabía, era más bien una forma resentida de aguantar.

Para cuando Oscar se volvió hacia ella, la cabeza de Iris ya estaba en otra parte. Había notado algo por detrás de Oscar y estaba

ya preparada para irse; se colocó la bufanda y se plisó la chaqueta. Los restos de su cigarrillo yacían aplastados a sus pies.

–Ha llegado mi hermano –dijo ella–. Mejor me voy.

Oscar escuchó el suave tintineo de las varillas de una bicicleta, se dio la vuelta y se encontró con un tipo enfundado en un blazer de raya diplomática que avanzaba sobre una flamante Peugeot de carreras, mientras las luces de su dinamo se proyectaban por el camino. Llevaba unos pantalones de pana doblados a la altura del tobillo, y una masa ondulante de pelo se le derramaba por los lados de su casco de ciclista. Había algo ridículo en la manera en que el blazer le colgaba del cuerpo; los hombros y los codos sobresalían por debajo de la tela, como una sábana arrojada sobre una mesa boca abajo.

–Un segundo –le dijo Iris a su hermano.

Se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo superior de su chaqueta. Sin ellas, su rostro era todavía más proporcionado.

–Ahí va –dijo Iris. Y le arrojó el libro de Descartes a su hermano–. Me contarás lo que quieras de filosofía francesa, pero no sirve de nada cuando te la lees a oscuras.

Su hermano atrapó el libro y se lo encajó en la parte trasera de sus pantalones.

–No te voy a librar de él tan fácilmente. Mañana será de nuevo tuyo a primera hora –le dijo.

Y observó a Oscar como quien admira una antigüedad.

–¿Quién es tu amigo? –le preguntó.

–Éste es Oscar –dijo ella–. Hemos estado disparándole a la brisa, como diría Yin.

–¿Ah, sí? –preguntó su hermano–. ¿Y de qué hablabais?

–De religión, de flores. De todos los grandes temas –dijo Iris.

–Ya veo –respondió su hermano.

–¿Sabías que iris es un género? –le preguntó ella.

Su hermano arqueó una ceja y dijo:

–Pensaba que conocía la materia *in utero* –dijo él.

El hermano apoyó el cuadro de la bicicleta contra una de sus rodillas y se inclinó para ofrecerle su esbelta mano a Oscar.

–Si tenemos que esperar a que nos presente, nos tiraremos aquí toda la noche. Me llamo Eden –su pulso era sólido e implacable–. Gracias por hacerle compañía.

–De nada –dijo Oscar.

No podía ver el rostro de Eden. Estaba parcialmente cubierto por las sombras que proyectaban las rejas de la capilla. Pero lo que estaba claro era que su piel tenía la textura suave e imperfecta de una caracola de mar.

–¿Eras tú realmente el que tocaba allí dentro? –preguntó Oscar–. Nunca había escuchado un órgano que sonara tan bien.

Eden miró al cielo y dijo:

–Oh. Vaya. Gracias. Lo hago lo mejor que puedo.

–Y, sin embargo, no hubieses podido salvar su alma –dijo Iris–. Es ateo.

Iris se sentó de lado en la barra de la bicicleta, rodeó a su hermano con el brazo, le besó suavemente en la mejilla y le preguntó:

–¿Nos vamos?

Eden recibió el beso sin apenas reaccionar.

–Sí, vamos –dijo Eden–. Antes de que los porteros me pillen encima de esto. Ya me han advertido por cruzar el campus.

–No sé por qué insistes en ir en bicicleta. Toma un taxi –le dijo Iris.

–Se está convirtiendo en una lucha de voluntades –dijo Eden–. El primero que parpadee, pierde. No puedo permitir que eso suceda.

Eden disminuyó su voz para decirle algo al oído y ella se rio y le golpeó el brazo juguetonamente.

–Cállate –dijo Iris–. No digas eso.

Luego, con un firme movimiento de piernas, Eden empezó a pedalear.

–Encantada de conocerte –dijo Iris.

–Sí. Yo también –dijo Oscar.

–Te veo el domingo.

–Sí. El domingo.

Era todo un espectáculo verles juntos. Eden pedaleando con fuerza para mantener la bicicleta recta e Iris con sus largas piernas estiradas apenas unos centímetros por encima del suelo. Mientras se aproximaban a la portería, donde el césped asumía un ángulo recto, ella proclamó algo a la luz nebulosa de la farola, pero Oscar no terminó de descifrar lo que decía.

El doctor Paulsen estaba durmiendo en el sofá de cuero junto a la ventana. Tenía la cabeza desplomada sobre el hombro, tan pesada como una lechuga, y el sol se le derramaba por la cara.

—¿Cómo estamos esta mañana? —preguntó Oscar.

Tomó un cojín de la cama y esperó a que el viejo empezara a moverse. Eran pasadas las nueve de la mañana y sabía que el doctor Paulsen querría estar en pie; a diferencia del resto de los residentes, no era un hombre al que le hiciera feliz pasarse el día durmiendo. Tampoco le gustaba desperdiciar su tiempo ante el televisor como hacían los otros, ni pasarse una semana juntando las piezas de un puzle que le descubriría la imagen de una panorámica soleada de algún lugar del extranjero que ya estaba demasiado viejo para visitar. («Nunca he entendido el significado de los puzles —le dijo una vez—. Quiero decir que si la imagen ya sale en la caja, ¿dónde está el misterio?») Su habitación era muy distinta a las de los demás; era un espacio radiante, le entraba la luz natural, estaba repleta de muebles y de libros, y el olor a orín era mucho más leve que en ningún otro lugar del edificio. Oscar lo atribuía a la atención extra que las enfermeras ponían en vaciar la botella de Paulsen —el viejo era tan frío con casi todas ellas que les aterraba derramar una sola gota.

El doctor Paulsen levantó su cabeza, tenía un charco de babas pegado a la barbilla.

—Oh, eres tú —dijo mirando a Oscar con la mirada vidriosa—. ¿Ya es la hora? Estaba teniendo un sueño maravilloso sobre... Bien, era sobre algo. Creo que Rupert Brooke aparecía en él. El caso es que alguien nadaba desnudo por el Cam. Si fuera treinta años más joven lo hubiese encontrado todo bastante estimulante.

Oscar colocó el cojín por detrás del cuello del viejo.

–¿Quieres bajar a desayunar hoy? ¿O prefieres que nos quedemos aquí?

–No lo he decidido –dijo Paulsen y se enderezó sobre la silla–. Cuanto más contemplo estas cuatro paredes más me siento como Edmond Dantès. Un heroico mensajero de la injusticia.

Paulsen escaneó a Oscar con la mirada y dijo:

–Se te ve muy alegre esta mañana. ¿Qué te ha pasado?

–Nada.

–Patrañas. ¿Has recibido un aumento de sueldo?

–No.

–Bien. Los sueldos de aquí son exorbitantes.

Oscar sonrió. Alzó a Paulsen por los codos con un gemido, y cuando el viejo estaba ya firmemente incorporado, dijo:

–En realidad, anoche conocí a alguien. A una chica.

–Pásame mi albornoz, ¿quieres? –dijo Paulsen–. Tengo que procesar tu información.

Oscar descolgó el albornoz de seda del perchero y le sujetó las mangas. Paulsen encajó sus brazos por dentro lentamente y, con los dedos artríticos y temblorosos, hizo un esfuerzo monumental por atarse el cinturón.

–De acuerdo. Supongamos que esa chica imaginaria de la que hablas fuera real. Cuéntame cosas de ella. Igual te hago reír durante un rato.

–El caso es que ella es completamente real.

–Convénceme –dijo Paulsen.

Oscar intentó describir a Iris hasta el mínimo detalle –el brillo blanco de sus ojos, su olor a tabaco, la suave forma en que le caía el pelo por el cuello. Cuando le contó qué libro estaba leyendo y dónde estudiaba, el viejo le interrumpió:

–Las luces de emergencia están parpadeando ahora. Pero sigue. Cuéntame que tienes su número de teléfono.

–No llegué tan lejos.

–En tal caso no tienes ninguna posibilidad –dijo Paulsen–. Ya está bien que sea imaginaria.

El doctor Paulsen era el único residente de Cedarbrook con quien Oscar conversaba. Había nacido en Oxford, había sido profesor de inglés en Cambridge y era miembro del King's College desde hacía más de treinta años. Tenía una biblioteca en su habitación; los libros de tapa dura estaban ordenados alfabéticamente por autor en sus estanterías de madera oscura. Los libros eran lo que más abundaba en su habitación; de hecho, había más novelas, colecciones de poesía y antologías poéticas, que rayas tenía el empapelado de la pared. No permitía que ninguna de las enfermeras los tocara, pero dejaba que Oscar los leyera en su compañía y, a lo largo del último año, le había dejado que se llevara libros a casa, a condición de que fuera de uno en uno.

Formaban una pareja muy bien avenida. Oscar era el único enfermero que reconocía la necesidad de Paulsen de estar solo. Los demás intentaban forzarle a que se socializara; le dejaban preparado un lugar para la cena y luego, al terminar cada comida, se preguntaban por qué no había bajado las escaleras. El viejo podía llegar a ser, en ocasiones, tenebroso, abrasivo y categóricamente grosero. Pero en los pocos años que llevaba trabajando en Cedarbrook, Oscar había aprendido a ignorar sus temperamentales achaques, pues sabía que también era genuinamente bondadoso. En realidad estaba aprendiendo un montón del viejo, le bastaba, sencillamente, con leer los libros que le recomendaba. Durante los últimos seis meses había leído novelas de Graham Greene, Herman Hesse, las historias completas de Gianni Celati, Katherine Mansfield, Frank O'Connor, Alexander Solzhenitsyn y los ensayos de George Orwell. Casi había olvidado lo mucho que le gustaba leer; disfrutar de la cadencia privada de las palabras mientras sus ojos las atravesaban. Sus padres eran de la clase de gente que tenía estanterías para libros, pero que no tenía libros. Nunca comprendieron el placer de la lectura y nunca pensaron que fuese algo que mereciese la pena estimular. En sus vidas, los libros eran accesorios, objetos que se endosaban a los niños en las escuelas por gentileza de profesores de inglés desaliñados. A Oscar le educaron en la creencia de que si se quedaba en su ha-

bitación leyendo sobre mundos imaginarios era porque no sabía valorar la vida que tenía, las posesiones por las que sus padres habían trabajado tan duro, como la televisión, el vídeo o el recién abonado jardín posterior. Cuando leía, su padre le preguntaba si estaba bien, si le sucedía algo; le preguntaba qué había pasado con aquel amigo suyo que había venido una vez a tomar el té. En la urbanización en que vivían sus padres, en Watford, la vida era más sencilla cuando uno no leía. Así que se entrenó a sí mismo para no desear hacerlo.

Pero desde que el doctor Paulsen le había invitado a que tomara prestados ejemplares de su biblioteca el año pasado –«Elige algo. Lo que sea. No hago recomendaciones»–, Oscar había empezado a rememorar el placer de leer. En las épocas en que Cedarbrook estaba tranquilo, se leía tres o cuatro libros en un mes, incluso más si trabajaba de noche. Había noches en las que todos los residentes habían sido ya acostados y los timbres para avisar a las enfermeras habían dejado de sonar; entonces podía pasarse muchas horas en el vestíbulo vacío, leyendo junto a la lámparilla, noches en que sus secos dedos se deslizaban entre las páginas con olor a jabón antibacteriano. Aquéllos eran los momentos en que era más feliz.

–De acuerdo, vayamos a ver qué estarán dando para desayunar –dijo Paulsen–. ¿Hacemos el esfuerzo?

Oscar le sujetó el brazo como un caballero que invita a una dama a bailar. Luego rescató el bastón del viejo del pie de la cama y se lo puso en la mano.

–¿Me espera la alfombra roja o qué? –preguntó el doctor Paulsen.

–Hoy las trompetas tocarán por usted.

–Muy bien, muy bien.

Oscar le dirigió por el sombrío pasillo. Al cabo de unos pocos pasos, el viejo le susurró al oído:

–Escúchame, debes tener cuidado.

–¿Con qué?

–Con lo de fraternizar con las chicas de Cambridge. A sus pa-

dres no les gusta que pasen demasiado tiempo con chicos como tú. Lo consideran un desperdicio de la matrícula universitaria.

–De acuerdo, estaré alerta.

–Asegúrate de que lo haces –dijo el viejo–. Además...

Otra residente, la señora Brady, salió también al pasillo y el doctor Paulsen se quedó callado. Dejó de caminar. Ella les miró a los dos y arrugó la cara, confundida. Se sopesaron silenciosamente, como si fueran dos viejos vaqueros que se encuentran en la carretera rumbo a un pueblo nuevo. Entonces la señora Brady se dio media vuelta y desapareció de nuevo en su habitación, y el doctor Paulsen empezó a andar otra vez.

–¿Qué estaba diciendo? –preguntó.

–Además...

–Ah. Sí. Además, mi experiencia me dice que los estudiantes de Cambridge son muy raros. Resulta que como saben tanto de ciencia y literatura, desarrollan hábitos peculiares cuando se enfrentan a otras cosas. Como bailar y decorar sus casas. Estarás mejor sin gente así. Quédate con la sal de la vida, con tipos como yo.

–Así lo haría –dijo Oscar–. Salvo por el hecho de que usted es la persona más extraña que conozco.

Llegaron a lo alto de las escaleras. Él se quedó con el bastón del viejo y le ayudó a encaramarse sin peligro al subeescaleras. Paulsen dijo:

–Debería tener una copia de Descartes en algún sitio. Es todo tuyo si lo encuentras.

–Gracias.

–Simplemente límitate a no garabatear corazoncitos en los márgenes.

Oscar sonrió. Dejó el bastón en el reposabrazos como si fuese el cierre de seguridad de una atracción de feria y cuando se hubo cerciorado de que Paulsen estaba seguro, pulsó el botón verde y contempló como descendía, gradual y ruidosamente, hasta la planta de abajo.